

Capítulo 2

Del colonialismo al desarrollismo: apuntes históricos

Una historia envenenada

Chinua Achebe, uno de los más grandes novelistas de la historia de la literatura africana, compone en su novela *Termiteros de la sabana* un personaje central femenino, Beatrice –ligada a la deidad *igbo* Idemili–, que adquirirá «una creciente autoridad moral y narrativa a medida que avanza la novela».¹ Beatrice, que sobrevive a los protagonistas masculinos del relato –a los que el Estado se acaba llevando por delante– reflexiona sobre la desaparición de sus seres queridos: sus violentas muertes no fueron accidentes, sino que estaban determinadas, programadas, por una «historia alienada». Se pregunta entonces: «¿Qué tiene que hacer un pueblo para compensar una historia envenenada?»²

En *Quién invade a quién. El Plan África y la inmigración*,³ al hacer referencia a la incorporación subordinada de las sociedades africanas a los intereses de la acumulación capitalista, señalábamos que el presente del continente –la específica *crisis africana* en el marco de la crisis capitalista a escala mundial– incorporaba una herencia, la de los diferentes modos históricos de explotación colonial, que se presentaba como una especie de *código genético* que pesa permanentemente sobre la realidad contemporánea.

Por el contrario, las dos versiones del Plan África secuestran la historia para analizar la «evolución reciente de la situación en Áfri-

¹ MARTA SOFÍA LÓPEZ RODRÍGUEZ (2010): «Prólogo» en CHINUA ACHEBE (1987): *Termiteros de la sabana*, p. 9.

² CHINUA ACHEBE (1987): *op. cit.*, p. 283.

³ EDUARDO ROMERO (2006): *Quién invade a quién. El Plan África y la inmigración*.

ca Subsahariana»⁴, de modo que las pandemias, la mortalidad infantil, la esperanza de vida y las catástrofes «naturales» son datos caídos del cielo. La historia reciente del continente es medida por el grado de adecuación de los Estados africanos al patrón de democracia occidental; en torno al supuesto objetivo de estandarizar dicha democracia todo se resume en retos, desafíos, avances y retrocesos para alcanzarla.

Sin embargo, sabemos que la *historia envenenada* del continente no se puede explicar tomando como punto de partida la última década o la caída del muro de Berlín. Sabemos también que dicho envenenamiento no es obra de unos dioses fundadores del continente y que, si aludíamos a un *código genético* característico de la historia africana era precisamente para destacar hasta qué punto se naturalizan el pasado y el presente.

Para una sociedad que vive en una sucesión continua de acontecimientos en serie, necesariamente banales y banalizadores; para una sociedad incapaz de relacionar la abundancia con la miseria material y moral; para una sociedad caracterizada, en fin, por la *radical abolición tecnológica del relato*,⁵ hurgar en la historia africana para encontrar –por ejemplo– vínculos entre el impacto de la esclavitud y la actual situación demográfica en regiones de Gabón o Angola,⁶ resulta no solo prescindible sino fuera de lugar, propio más bien de gentes ancladas en otra época, aferradas a un relato de los orígenes del capitalismo que ha quedado enterrado y aplastado por toneladas de acontecimientos de usar y tirar. No nos queda otro camino, sin embargo, que el de repetir insistentemente –aunque esta voz sea menos que un susurro comparada con la del amable, optimista y a la vez compungido introductor

⁴Ver MAEC (2006): *Plan África 2006-2008*, pp. 14-21 y MAEC (2009): *Plan África 2009-2012*, pp. 20-31.

⁵SANTIAGO ALBA RICO (2007): *Leer con niños*, p. 302.

⁶FERRÁN INIESTA (1998): *Kuma. Historia del África negra*, pp. 134 y 147.

televisivo de la última hambruna– que sin historia y sin memoria no hay quien entienda el presente.

El rastro de la esclavitud en la industrialización europea

Para comenzar a reconstruir este relato, podemos seguir el rastro del comercio que a lo largo de cuatro siglos arrancó de la costa atlántica africana a unos sesenta millones de personas, de las que solamente sobrevivieron unos quince millones para ser vendidas en Brasil, en las llamadas Indias Occidentales y en Norteamérica; el resto murieron por el camino.⁷

No hay por nuestra parte ninguna intención ni interés por idealizar las sociedades precoloniales, ninguna tentación de esencializar las comunidades precapitalistas y de tratarlas como realidades estáticas, ni de recrearnos en su *pureza* hasta la *contaminación* introducida por los europeos. Ni las sociedades africanas estaban aisladas, ni su heterogeneidad y complejidad política pueden ser sintetizadas en un pasado caracterizado homogéneamente por la igualdad y la justicia social. Precisamente esa mirada compleja, dinámica y sin concesiones al esencialismo es una de las grandes virtudes del cronista Achebe, cuyas novelas *Todo se desmorona*⁸ y *La flecha del dios*⁹ abordan el período previo al contacto con los europeos y la crisis precipitada por la aparición de los exploradores, militares, misioneros y comerciantes.

Obviar la historicidad propia de las sociedades africanas sería un terrible error.¹⁰ Pero no lo sería menos despreciar el efecto de

⁷Utilizamos las estimaciones de W.E.B. Du Bois, citadas por FERRÁN INIESTA (1998): op. cit., pp. 147-148 y por JOSEPH KI-ZERBO (1978): *Historia del África Negra. De los orígenes a las independencias*, p. 323.

⁸CHINUA ACHEBE (1958): *Todo se desmorona*.

⁹CHINUA ACHEBE (1964): *La flecha del dios*.

¹⁰JEAN FRANÇOIS BAYART (1989): *El Estado en África. La política del vientre*, p. 24.

los diversos estadios de la colonización europea: si en 1550 se estima que había unos noventa y cinco millones de habitantes en África, en 1900 la población era de unos noventa millones (mientras en el resto del planeta se había multiplicado por cuatro). La autojustificación europea suele apoyarse en la afirmación de que la instauración del comercio esclavista con destino a América y, en mucha menor medida, a la trata doméstica en Europa, es solamente la continuidad de una práctica plenamente vigente entre las sociedades africanas. Sin embargo, la escala del comercio y la utilización de la fuerza de trabajo esclava como palanca de acumulación capitalista marcan por sí mismas un antes y un después; además, la institución de la esclavitud entre las sociedades africanas poco o nada tenía que ver con la mercancía trasladada en los barcos negreros: sus derechos y sus oportunidades de acceso a la propiedad, su habitual integración en la familia, sus posibilidades de emancipación, no se asemejan a la concepción del esclavo como bien mueble del Código Negro de Colbert (1685).¹¹

El relato del macabro viaje transoceánico¹² glosa bien a las claras el papel jugado por los negros destinados a las plantaciones americanas. Para facilitar que el embarque de la mercancía humana se realizara de forma diligente, en los lugares de atraque en la costa africana se construyeron siniestros barracones en los que se almacenaba a los esclavos a la espera de la llegada de los barcos negreros. Durante esta etapa, así como en el momento del embarque –en el que muchas familias eran separadas para siempre–, se sucedieron revueltas que solían ser ahogadas en sangre.

Previamente a la carga de los barcos, tenía lugar el examen de la mercancía –estas minuciosas pruebas físicas, que se repetían a la llegada a América, han sido actualizadas en el siglo XX y lo

¹¹ JOSEPH KI-ZERBO (1978): op. cit., p. 321. Jean-Baptiste Colbert, ministro del rey francés Luis XIV, aprobó esta legislación «relativamente liberal».

¹² Ver *Ibid.*, pp. 316-322.



que va de XXI por los humillantes exámenes a los que se sometía a aspirantes a inmigrantes, en su lugar de origen, por parte de empresas y Estados *receptores*— y el regateo por su precio, así como la marca de hierro al fuego en su piel —los médicos de la Alemania Federal, hace cincuenta años, la habían sustituido por un número pintado con rotulador en la piel de los migrantes turcos—. ¹³ Era frecuente el suicidio, lanzándose al agua o asfixiándose, en el momento del embarque o durante la travesía. Aquellos que soportaban el viaje, debían hacerlo en medio de «un barrizal de sangre, vómitos y deyecciones de todo tipo». ¹⁴ La sobrecarga de los buques y la contaminación del agua y de los alimentos provocaba terribles epidemias que diezmaban a los esclavos. Las huelgas de hambre y los motines eran habituales, seguidas por crueles formas de represión. Antes de la exposición para la venta de la mercancía final, se hacía una última selección, tirando por la borda a los enfermos y preparando a los supervivientes para aparecer ante los compradores limpios, relucientes, incluso brillantes.

Eric Williams, en su clásico estudio sobre el papel de la esclavitud en el arranque del capitalismo británico, descarta que los horrores del barco esclavista tuvieran que ver con que las víctimas fueran negros; antes bien, el transporte a las colonias de convictos, deudores, disidentes y todo tipo de pobres —blancos y europeos— fue el precedente y la experiencia inmediatamente anterior al flete de los barcos negreros. ¹⁵

La instauración del comercio triangular entre Europa, África y América tuvo severísimas consecuencias para las sociedades africanas, más allá de la propia monstruosidad del secuestro definitivo de decenas de millones de personas. Además de la parálisis o el retroceso demográfico, la respuesta de las sociedades autócto-

¹³ Ver JOHN BERGER y JEAN MOHR (1974): *Un séptimo hombre*.

¹⁴ *Ibid.*, p. 320.

¹⁵ ERIC WILLIAMS (1944): *Capitalismo y esclavitud*, p. 42.

nas fue en muchos casos su militarización, tanto para defenderse como para servir de intermediarios en el comercio esclavista, ya que rara vez eran los propios negreros europeos los que capturaban a su mercancía humana. La instauración de una inseguridad permanente, una especie de estado de guerra crónico, desplazó el protagonismo político de los ancianos y de las mujeres a favor de los jóvenes guerreros. El éxodo interno para alejarse de las zonas más expuestas a las capturas —se creó un territorio casi completamente despoblado entre los veinticinco y los cien kilómetros de la costa—, el caos generalizado, el desarraigo de las poblaciones, provocó una grave crisis en sociedades que dependían mayoritariamente de la actividad agropecuaria. ¹⁶ Al abandono de tierras fértiles y ecosistemas que habían sido integrados en la vida de las comunidades, se añade el peso añadido que las mujeres tendrán que soportar debido a la actividad militar de los hombres o a su captura como esclavos. ¹⁷

Ante las permanentes promesas de *desarrollo* que jalonan la historia de las relaciones entre los imperios europeos y sus colonias, no menos importante que analizar las consecuencias de la esclavitud para África, es reseñar el papel jugado por la *madera de ébano* para la primera industrialización de Europa, fundamentalmente británica. Ante las crecientes necesidades de una fuerza de traba-

¹⁶ Ver FERRÁN INIESTA (1998): *op. cit.*, pp. 145-147.

¹⁷ «Las mujeres que, como en África, trabajaban en la plantación y en casa, cumplieron, además de su papel económico, otro biológico, social y cultural de primer orden. Siendo muy poco numerosas con respecto a los hombres —la relación era de una mujer por cada dos, cinco y a veces quince hombres—, fueron realmente la mujer y la madre comunes. Apegadas aún más que los hombres al continente perdido, sus canciones de cuna, sus cuentos y sus danzas representaron durante siglos el único hilo de araña, frágil pero irrompible, que formaba un puente con África. La rotación geográfica y cronológica de los esclavos era de tal envergadura que sin la estabilidad más sólida de la mujer, muchos elementos de la herencia negroafricana habrían desaparecido.» JOSEPH KI-ZERBO (1978): *op. cit.*, p. 329.

jo abundante en las economías de plantación de las Antillas –las Indias Occidentales–, la migración libre o forzada de trabajadores europeos se revelará insuficiente. La *basura blanca* será relevada y multiplicada por la esclavitud negra, y las diferencias raciales se convertirán en una potente justificación de la explotación de una fuente de trabajo inagotable, barata y productiva. Dado que el sistema esclavista consumía rápidamente los suelos, se hizo imprescindible la continua ocupación de nuevos territorios, desplazando en muchas ocasiones a los colonos blancos, empujados a expoliar nuevas tierras: «se robaba a los negros de África para que trabajasen las tierras robadas a los indios de América». ¹⁸

Los traficantes ingleses –«hombres dignos, padres de familia y excelentes ciudadanos», «principales humanitarios de su época»–¹⁹ liderarán el comercio a partir de la segunda mitad del siglo XVII y proveerán de esclavos a franceses y españoles. El esplendor de puertos como Liverpool –que contrasta con la humildad de las factorías de la costa africana– no solamente refleja el impacto del comercio esclavista en el crecimiento y prosperidad de diversas ciudades costeras, sino que provoca un efecto multiplicador a favor de la industrialización: «Fue sólo la acumulación de capital de Liverpool lo que provocó la existencia de población del Lancashire y lo que estimuló las manufacturas de Manchester». ²⁰

La acumulación de beneficios de los colonos absentistas de las Antillas les permitió la compra de tierras en Gran Bretaña y las inversiones necesarias para poner en marcha la revolución agrícola que expulsaba del campo inglés a los pequeños campesinos y campesinas. El comercio triangular fue una de las grandes fuentes de acumulación de capital, condición previa para la inversión

¹⁸ ERIC WILLIAMS (1944): *op. cit.*, p. 36.

¹⁹ *Ibid.*, pp. 85 y 86.

²⁰ *Ibid.*, p. 108.

en la industria pesada y en el desarrollo tecnológico: «Fue el capital acumulado de las Antillas el que financió a James Watt y la máquina de vapor». ²¹ Las manufacturas europeas eran lucrativamente intercambiadas por esclavos en la costa africana, que a su vez eran vendidos en América como la fuerza de trabajo imprescindible para la producción a gran escala de azúcar, tabaco y algodón. Los barcos se cargaban de estas y otras materias primas coloniales de camino al país de origen.

En definitiva, los mecanismos de la *acumulación originaria* han sido variados –lo siguen siendo– y compiten en brutalidad; el transplante de millones de africanos y africanas a territorio americano fue uno de los principales. Quienes prometen desarrollo obvian dichos mecanismos y confían –como hacen los *planes África* del gobierno español– en las insondables virtudes del capitalismo para universalizar el progreso de los países subdesarrollados.

Violencia productivista y resistencia contra la modernización

Si en la primera parte de *Quién invade a quién* describíamos brevemente los diversos modos de explotación que las principales potencias europeas instauraron a partir del reparto del *pastel africano* ²² –la producción agraria para la exportación del campesinado de África Occidental, el reinado de las compañías concesionarias en la cuenca del Congo y la instalación de colonos blancos en el sur y el este de África–, querríamos detenernos ahora en analizar la violencia que fue necesario aplicar para instaurarlos, así como las múltiples formas de resistencia ejercidas por los pueblos africanos. Tan falsas son las motivaciones civilizadoras que sirvieron

²¹ *Ibid.*, p. 158.

²² EDUARDO ROMERO (2006): *op. cit.*, pp. 14-18.

de pretexto para la colonización²³ como el mito que presenta la ocupación efectiva del territorio en forma de un paseo militar.

En las dos últimas décadas del siglo XIX el continente, que en 1879 estaba gobernado en un noventa por ciento por estructuras de poder africanas, pasa a estar controlado casi en su totalidad por las potencias imperialistas. Si el comercio costero de los europeos en África siempre se había apoyado en el soporte de la superioridad bélica, la conquista territorial no solamente implicó «veinte años de guerras entre ejércitos de línea, con frecuentes derrotas coloniales a pesar de la desigualdad de armamento», sino también «la resistencia posterior de los poderes menos evidentes que las monarquías: los clanes evidenciaron un comportamiento indomable hasta casi los años treinta».²⁴ En el África precolonial se pueden rastrear ya numerosas luchas sociales de oposición a la centralización estatal y al sometimiento a determinaciones productivistas: «la lucha social fue de tal magnitud que hizo de África un continente infraexplotado, donde el poder de infligir la violencia no implicaba capacidad para someter al trabajo».²⁵

²³ «Eso significa que lo esencial aquí es ver claro y pensar claro, entender atrevidamente, responder claro a la inocente pregunta inicial: ¿qué es, en su principio, la colonización? Reconocer que ésta no es evangelización, ni empresa filantrópica, ni voluntad de hacer retroceder las fronteras de la ignorancia, de la enfermedad, de la tiranía; ni expansión de Dios, ni extensión del *Derecho*; admitir de una vez por todas, sin voluntad de chistar por las consecuencias, que en la colonización el gesto decisivo es el del aventurero y el del pirata, el del tendero a lo grande y el del armador, el del buscador de oro y el del comerciante, el del apetito y el de la fuerza, con la maléfica sombra proyectada desde atrás por una forma de civilización que en un momento de su historia se siente obligada, endógenamente, a extender la competencia de sus economías antagónicas a escala mundial.» AIMÉ CÉSAIRE (1955): *Discurso sobre el colonialismo*, p. 14.

²⁴ FERRÁN INIESTA (1998): *op. cit.*, p. 181-182.

²⁵ JEAN FRANÇOIS BAYART (1989): *op. cit.*, p. 46.

En este contexto las potencias capitalistas construyen la colonia –ese *Estado-nación rebajado*–²⁶ mediante múltiples dispositivos coercitivos destinados a ponerla a producir. Se limita o se fuerza la movilidad de las poblaciones para crear asentamientos o para destruirlos; se fijan y/o se inventan identidades étnicas para ejercer un mayor control estatal sobre las poblaciones; se establece un impuesto de capitación, que se convierte en uno de los principales ingresos de las economías coloniales y en un potente instrumento de disciplinamiento, al obligar a las poblaciones a inscribirse en la economía monetaria para poder pagarlo; se instaura el trabajo forzado para la construcción de infraestructuras –ferrocarriles, carreteras y puertos fundamentalmente– y para la producción en las plantaciones; se expolían las tierras más fértiles para ponerlas en manos de las compañías concesionarias; etc. Las administraciones europeas, con el objetivo de maximizar la rentabilidad de los territorios conquistados, tratan de articular estas medidas sobre una estructura socioeconómica africana ya existente, aprovechándose tanto de la notable producción agropecuaria (sobre todo en África Occidental) como de la inserción de buena parte del continente en dinámicas redes comerciales.

A pesar de estas estrategias de articulación con el pasado inmediato, la violencia del sistema colonial provocó, tras las guerras de conquista, una segunda resistencia de carácter popular que se expresa de múltiples formas, desde los levantamientos armados hasta la huida, pasando por la defensa de la tierra o el suicidio.²⁷ En cualquier caso, estas resistencias no tenían un carácter *nacionalista* sino más bien *antimodernizador*:

Las más de las veces, el concepto de entidad política territorial permanente, con unas fronteras fijas que la separaban de otras entida-

²⁶ *Ibid.*, p. 93.

²⁷ JOSEPH KI-ZERBO (1978): *op. cit.*, p. 617.

des del mismo tipo, y sometida a una autoridad permanente, esto es, la idea de un estado soberano independiente, cuya existencia nosotros damos por sentada, no tenía significado alguno, al menos (incluso en zonas de agricultura permanente y sedentaria) en niveles superiores al de la aldea. De hecho, incluso cuando existía un «pueblo» claramente reconocido, que los europeos gustaban de describir como una «tribu», la idea de que podía estar separado territorialmente de otro pueblo con el que coexistía, se mezclaba y compartía funciones era difícil de entender, porque no tenía mucho sentido. En dichas regiones, el único fundamento de los estados independientes aparecidos en el siglo XX eran las divisiones territoriales que la conquista y las rivalidades imperiales establecieron, generalmente sin relación alguna con las estructuras locales. El mundo poscolonial está, pues, casi completamente dividido por las fronteras del imperialismo.

Además, aquellos que en el tercer mundo rechazaban con mayor firmeza a los occidentales, por considerarlos infieles o introductores de todo tipo de innovaciones perturbadoras e impías o, simplemente, porque se oponían a cualquier cambio de la forma de vida del pueblo común, que suponían, no sin razón, que sería para peor, también rechazaban la convicción de las elites de que la modernización era indispensable.²⁸

Cierto es que no todas las poblaciones optan por el enfrentamiento, y que algunas salen *beneficiadas* por la colonización, al establecer alianzas e intermediaciones con los poderes europeos: es el caso de la población *swahili* de las ciudades costeras del África Oriental Alemana, de los intermediarios *baganda* en Uganda o de los emires *fula* del norte de Nigeria. Aunque a veces se han des-

²⁸ ERIC HOBSBAWN (1994): *Historia del siglo XX*. 1914-1991, p. 211.

critos como modelos opuestos, la administración directa francesa y el *indirect rule* británico, además de compartir su concepción de las colonias como recursos que debían ser explotados para beneficio de la metrópoli, compartieron la necesidad de apoyarse, en mayor o menor medida, en las *jefaturas tradicionales* para la gestión de los territorios conquistados. Lord Lugard sistematizó los principios de la administración indirecta, a partir de su experiencia en Nigeria, en el libro *El doble mandato en el África tropical británica*. Pero en lo que coincidieron británicos y franceses fue en la eliminación de los jefes africanos recalcitrantes²⁹ y en la invención o transformación de las *realidades étnicas* en provecho de la administración colonial.

La teoría de la *indirect rule* fue elaborada por Lugard a partir de su experiencia en la *pacificación* de Nigeria y como gobernador de la colonia entre 1912 y 1919. Su apuesta por utilizar o inventar instituciones nativas que administrasen a las poblaciones colonizadas era una cuestión de necesidad: a principios del siglo XX un puñado de oficiales británicos debía gestionar territorios recién conquistados –como Kano y Sokoto– habitados por millones de personas. Lugard aprovecha la existencia de una estructura sociopolítica jerarquizada entre los *hausa-fulani* del norte de Nigeria, islamizados, para desarrollar este sistema. Consideraba además que el Islam *civilizaba* a las poblaciones negras, que no estaban en condiciones de abrazar el cristianismo. Lugard contenta a las autoridades musulmanas del norte al impedir que los misioneros cristianos accedan a su territorio. En el sur, poblaciones cristianizadas y/o animistas, con sociedades menos jerarquizadas, con órganos de decisión colectivos y asamblearios, presentarán mucha mayor resistencia a la colonización.

El *indirect rule* «fomentó el aspecto más conservador de las instituciones políticas nativas», una especie de «despotismo

²⁹ JOSEPH KI-ZERBO (1978): *op. cit.*, p. 652.

descentralizado». ³⁰ Exacerbó las identidades étnicas y provocó un profundo aislamiento entre el norte y el sur del territorio. Esta herencia generará grandes conflictos una vez alcanzada la independencia de Nigeria, a pesar de que en el terreno económico la colonización promovió cultivos comerciales de exportación complementarios: cacahuete en el norte, aceite de palma en el sudeste y cacao en el oeste. ³¹ Cada una de estas zonas estará dominada por una de las etnias mayoritarias: *hausa* en el norte, *yoruba* en el oeste e *igbo* en el sudeste. Sin embargo, entre las tres no suman la mitad de la población del país, en el que conviven más de dos centenares de grupos étnicos y de lenguas.

Una misión filantrópica y civilizadora: la colonización del Congo

La última novela del premio Nobel de Literatura Mario Vargas Llosa ha provocado un renovado interés por la historia del Estado Libre del Congo, a caballo entre los siglos XIX y XX. *El sueño del celta* ³² narra la vida del nacionalista irlandés Roger Casement y, entre otras, sus denuncias del régimen de terror y esclavitud motivado por los suculentos beneficios obtenidos por el rey de los belgas y las compañías privadas que obtuvieron vastísimas concesiones territoriales en la región. Vargas Llosa –tan sensible a la injusticia y la explotación en el pasado como epígono del capitalismo y del terrorismo de Estado en la actualidad– relata algunas de las primeras denuncias que personajes como el historiador negro americano George W. Williams, el propio Casement o Edmund Dene Morel realizaron contra el rey Leopoldo de Bélgica y su *mi-*

sión civilizadora. Morel, británico de origen francés, trabaja para una compañía naviera de Liverpool, que le destina al puerto de Amberes (Bélgica) aprovechando su dominio del francés. Allí observa algo que no le cuadra: el rey de Bélgica se había declarado un incansable filántropo dispuesto a llevar la civilización a los pueblos africanos de la cuenca del Congo, así como a defenderles de los malvados comerciantes de esclavos procedentes del oriente musulmán. ³³ Para llevar a cabo tan loable tarea, Leopoldo había convocado en Bruselas una Conferencia Geográfica en 1876, en la que se había aprobado la creación de la Asociación Africana Internacional, sustituida más adelante por la Asociación Internacional del Congo. Sin embargo, Morel se encuentra con que los barcos de su compañía alcanzan el puerto de Amberes, procedentes del Congo, con enormes cargamentos de marfil y de caucho, mientras que parten hacia la colonia del rey belga cargados de «oficiales del ejército, armas de fuego y munición». ³⁴

Leopoldo, con la interesada colaboración del despiadado explorador Henry Morton Stanley, cuyos viajes eran «actos de apropiación», ³⁵ se adelanta a las principales potencias capitalistas y firma centenares de «acuerdos» con los pueblos de la cuenca del Congo que le garantizan la propiedad del territorio y de la capacidad de trabajo de sus habitantes. Un decreto posterior por el que el Estado se hace con las llamadas «tierras vacías» acababa con las tierras de propiedad comunitaria. Los complicados equilibrios de poder entre británicos, franceses y alemanes permitirán

³⁰ JOSÉ MARÍA ORTUÑO AIX (2010): «Acciones y dividendos en una sociedad fragmentada: Nacionalismo, etnicidad y secesionismo en la Nigeria poscolonial» en JORDI TOMÁS (ed.) (2010): *Secesionismo en África*, p. 169.

³¹ *Ibid.* P. 174.

³² MARIO VARGAS LLOSA (2010): *El sueño del celta*.

³³ La ruta de los esclavos del este de África conducía a Zanzíbar, donde la fuerza de trabajo reclutada era puesta a producir en las plantaciones de la isla o enviada al litoral nororiental del Océano Índico y al Golfo Pérsico.

³⁴ ADAM HOCHSCHILD (1998): *El fantasma del rey Leopoldo. Una historia de codicia, terror y heroísmo en el África colonial*, p. 18.

³⁵ *Ibid.*, p. 89.

a Leopoldo obtener respaldo –incluido el estadounidense– para crear el Estado Libre del Congo en 1885.

Se trataba de un enorme territorio con grandes dificultades orográficas para construir las infraestructuras necesarias para sacar las valiosas materias primas hacia Europa y hacia América. Sobre todo los últimos 350 kilómetros del río Congo presentaban dificultades insalvables para su navegación, por lo que, en primera instancia, fueron porteadores los que trasladaron a pie no sólo las riquezas obtenidas, sino barcos de vapor –desmontados en piezas– para reconstruirlos de nuevo en el lugar en que el río se volvía navegable. Los larguísimos trayectos, la pesada carga, la desnutrición y las palizas –las sesiones de *chicotte*, látigo de piel de hipopótamo, podían ser mortales– diezaban a los porteadores.³⁶ Más adelante, la multiplicación del comercio y los beneficios dieron lugar a la construcción de una línea de ferrocarril que corría paralela al río. La obra fue colosal y en ella perecieron miles de personas:

El ferrocarril fue un modesto éxito de ingeniería y un gran desastre humano. Los hombres sucumbieron víctimas de accidentes, disentería, viruela, beriberi y malaria, agravado todo ello por una mala alimentación y los incesantes latigazos de los doscientos componentes de la fuerza de la milicia del ferrocarril. Las locomotoras descarrilaban; vagones llenos de dinamita explotaban lanzando por los aires a obreros destrozados, negros y blancos. A veces la gente no tenía cobijo donde dormir y los obreros recalcitrantes eran enviados a trabajar encadenados. Los capataces e ingenieros europeos de la obra podían cancelar contratos y regresar a casa, y un flujo constante de personas lo hizo así. Pero a los obreros negros y asiáticos no les era posible actuar de esa manera. Por la mañana, cuando sonaban las cornetas, muchedumbres de trabajadores furiosos

³⁶*Ibid.*, pp. 187-189.

depositaban los cuerpos de sus camaradas muertos durante la noche a los pies de los capataces europeos.³⁷

Por otra parte, los pueblos de esta enorme región habían sufrido desde épocas muy tempranas las cacerías de esclavos, tanto por parte de los portugueses como de la trata oriental. Por esta razón, entre otras, era un territorio poco poblado y con formas de organización política debilitadas. La amenaza de resistencia militar era menor, pero también lo era la posibilidad de articulación de la colonización con circuitos de producción, consumo y comercio preexistentes (como era el caso del África Occidental). Estos dos elementos –necesidad de grandes inversiones en infraestructuras y pocas posibilidades de comercio bidireccional con la población autóctona–, provocaron los acuerdos del rey belga con compañías concesionarias privadas dispuestas a adelantar dinero a la espera de obtener suculentos beneficios. Si al principio fue el marfil el principal producto comercial, pronto el incremento exponencial de la demanda de caucho multiplicó espectacularmente la escala del comercio, sobre todo durante la última década del siglo XIX y la primera del XX.

El penoso sistema de recolección del caucho silvestre en la selva congoleña consistía en la toma de rehenes de los poblados para forzar al resto de la población a aportar una cuota del preciado producto. La amputación de manos era otra de las prácticas habituales. La Force Publique, dirigida por oficiales blancos y constituida por soldados negros,³⁸ estaba al servicio del Estado y de compañías como la Anglo-Belgian India Rubber (ABIR) o la Société Anversoise du Commerce au Congo. Más adelante será la Compagnie du Kasai la que obtendrá grandes beneficios de esta

³⁷*Ibid.*, pp. 260-261.

³⁸Funcionarios del Estado recibían primas por cada hombre al que reclutaban forzosamente para la Force Publique. *Ibid.*, p. 284.

nueva región cauchera. La producción, en el cambio de siglo, alcanzaba más de cinco millones de kilogramos anuales.³⁹

A la larga lista de masacres ejecutadas por las fuerzas represivas, hay que añadir las enfermedades y hambrunas provocadas por el arrasamiento de los poblados, por la subalimentación de quienes eran confinados como rehenes y por el debilitamiento de la actividad agraria, ya que las mujeres se veían obligadas a soportar crecientes cargas en la producción de alimentos mientras los hombres permanecían en la selva casi de forma permanente para la recolección de caucho. Si a estos efectos añadimos el descenso de la tasa de natalidad, nos encontramos con cálculos que consideran que la población que habitaba el Estado Libre del Congo se redujo a la mitad entre 1880 y 1920, es decir, descendió en diez millones de personas.⁴⁰

Las comunidades sometidas, lejos de amilanarse ante la violencia de la colonización, se sublevaron en numerosas ocasiones, lo que provocó un rápido crecimiento de la Force Publique y del gasto militar.

Más de una docena de diferentes grupos étnicos organizaron sublevaciones importantes contra el dominio de Leopoldo. El pueblo yaka luchó contra los blancos durante más de diez años antes de ser sometido en 1906. Los chokwe combatieron durante veinte años y causaron numerosas bajas a los soldados de Leopoldo. Los boa y los budja movilizaron a más de cinco mil hombres para entablar una guerra de guerrillas desde las profundidades de la selva tropical. Las expediciones militares de la Force Publique recibían la denominación oficial de *reconnaisances pacifiques*, en el mismo sentido

³⁹ *Ibid.*, p. 262.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 345.

en que los norteamericanos utilizarían en Vietnam la palabra *pacification* setenta años más tarde.⁴¹

Porteadores y soldados, forzados a trabajar y maltratados continuamente, protagonizaron también sublevaciones y motines. El descubrimiento de caucho en la región de Kasai y la consiguiente extensión del régimen de terror funcional a los intereses coloniales provocaron también intensas revueltas. «(...) no puedo decir que he sometido a la gente (...). Prefieren morir (...). ¿Qué puedo hacer?», se pregunta un oficial de la Force Publique.⁴²

Uno de los marineros que viajó al Congo en esta época contratado por una compañía comercial belga fue Józef Teodor Konrad Naleck Korzeniowski, más conocido como Joseph Conrad. Su novela *El corazón de las tinieblas*⁴³ bebe de su experiencia remontando el río Congo, primero caminando centenares de kilómetros hasta Kinshasa, donde el río volvía a ser navegable, y luego en un barco comercial. Aunque Conrad está empapado de la ideología imperialista que domina en Europa –y por ello su mirada renuncia a dotar de voz y protagonismo a la población autóctona que comparece en la novela–, su traumática experiencia directa de lo que estaba siendo realmente la *misión civilizadora* le posibilita realizar una denuncia –ambigua e incompleta– de la colonización. En uno de los pasajes de la novela muestra las mortales consecuencias del trabajo forzado:

⁴¹ *Ibid.*, p. 193-194. *Todo se desmorona*, la brillante novela de Chinua Achebe, finaliza con la irónica referencia al título del libro que se propone escribir el comisario de distrito sobre los hechos relatados en la propia novela: *La pacificación de las tribus primitivas del Bajo Níger*.

⁴² Citado en ADAM HOCHSCHILD (1998): *op. cit.*, p. 285.

⁴³ JOSEPH CONRAD (1902): *El corazón de las tinieblas*.

Se veían negras sombras acurrucadas, tumbadas, sentadas entre los árboles, apoyándose en los troncos, asiéndose a la tierra, apenas visible en la débil luz, en todas las posturas del dolor, el abandono y la desesperación. Otra mina hizo explosión en el acantilado, seguida de un ligero temblor de tierra bajo mis pies. El trabajo continuaba. ¡El trabajo! Y éste era el lugar donde algunos de los ayudantes se habían retirado a morir.⁴⁴

Conrad ya había escrito en 1896 un breve relato ambientado en la colonización de África, titulado *Una avanzada del progreso*.⁴⁵ En *El corazón de las tinieblas* se detiene recurrentemente en los verdaderos motivos y consecuencias de la misión europea en el continente. Su descripción de uno de los muchos poblados desiertos, debido a la huida de sus moradores ante las despiadadas prácticas coloniales, tiene un final irónico y revelador: «Tampoco sé qué fue de las gallinas. Supongo que, en cualquier caso, la causa del progreso las atrapó».⁴⁶

Apuntes sobre la conquista francesa del África Occidental

La escala de las atrocidades cometidas en el Congo no debe arrastrarnos al error de considerar al rey belga como el protagonista de una colonización *brutal* frente al razonable uso de la violencia del resto de actores coloniales. De hecho, la asunción de la soberanía del Congo por parte del Estado belga (1908) no terminó con la explotación colonial. Se iniciaba una nueva fase en la que, ante el desplazamiento del caucho silvestre por las plantaciones americanas y asiáticas, se establecían nuevos mecanismos de expropiación de la población autóctona: la «imposición de un pesado

⁴⁴ *Ibid.*, p. 151.

⁴⁵ JOSEPH CONRAD (1896): *Una avanzada del progreso*.

⁴⁶ JOSEPH CONRAD (1902): *op. cit.*, p. 136.

impuesto de capitación», que «obligaba a la gente a ir a trabajar a las plantaciones o a recolectar algodón, aceite de palma y otros productos, y demostró ser un medio eficaz para continuar recogiendo también algo de caucho silvestre»⁴⁷; o el mantenimiento del régimen de trabajos forzados, especialmente como soldados y porteadores durante la Primera Guerra Mundial y, posteriormente, en las minas de cobre, oro y estaño, en las que perecieron miles de personas. Las obras en el ferrocarril de Matadi a Leopoldville provocaron más muertes que en la década de 1890.⁴⁸ En los territorios del África Ecuatorial Francesa –concedidos en un sesenta por ciento (650.000 kilómetros cuadrados) a la Société des Sultans...–,⁴⁹ o en los del Camerún alemán, las masacres y torturas del régimen cauchero fueron similares a las leopoldianas y, en la década de 1920, el ferrocarril francés para salvar los rápidos del río Congo costó unas veinte mil vidas.⁵⁰

La civilización francesa y la británica pugnaron en África Occidental por hacerse con el control del territorio; sus métodos no fueron diferentes a los de belgas y alemanes. Militares franceses como Faidherbe y Gallieni liderarán el avance francés hacia el interior remontando el río Senegal, desde Saint Louis. Si en época tan temprana como 1855 el reino de Waalo, en el norte de Se-

⁴⁷ *Ibid.*, p. 411.

⁴⁸ «Con el inicio de la Segunda Guerra Mundial, el máximo legal para trabajos forzados aumentó a 120 días por hombre y año. Más del 80 por 100 del uranio de las bombas de Hiroshima y Nagasaki se extrajo de la mina congoleña de Shinkolobwe, fuertemente custodiada. Los aliados querían aún más caucho para las cubiertas de las ruedas de cientos de miles de camiones, jeeps y aviones de guerra. Parte del caucho procedía de las nuevas plantaciones de árboles del caucho cultivados en el Congo. Pero en los pueblos, los africanos fueron obligados a internarse en la selva tropical, a veces durante semanas seguidas, en busca una vez más de enredaderas silvestres.» *Ibid.*, p. 413.

⁴⁹ JOSEPH KI-ZERBO (1978): *op. cit.*, p. 641.

⁵⁰ ADAM HOCHSCHILD (1998): *op. cit.*, p. 416.

negal, es destruido y conquistado por las tropas de Faidherbe,⁵¹ otras insurgencias –como la de Lat-Dyor contra la construcción del ferrocarril de Dakar a Saint-Louis– serán sofocadas por los colonizadores en las décadas finales del siglo XIX. El trabajo forzado instaurado por Gallieni entre las poblaciones del Alto Senegal provocará rebeliones que, al extenderse, obtendrán de Francia una respuesta en forma de «métodos terroristas» y «ataques contra las aldeas»⁵² que apoyaban a Mamadu Lamín Dramé, morabito que lideraba la revuelta, y que será finalmente ejecutado. Los franceses llegarán a numerosos pactos con las autoridades locales, pero éstos se convertirán en papel mojado en cuanto convenga el avance de las tropas colonizadoras. Amadu El Hadch'Omar comprobará el avance de los franceses por encima de cualquier acuerdo en el Sudán occidental (actual Mali): la caída de Segou en 1890 provocará huelgas entre los trabajadores malienses en Senegal; la nueva autoridad colocada por los franceses, Mari Diarra, será fusilado al año siguiente por «falta de docilidad».⁵³ En cualquier caso, los colonizadores tratarán de aprovecharse continuamente de las rivalidades interafricanas; asimismo, reclutarán tropas de los territorios conquistados para continuar su avance.

Si ya anteriormente aludimos a la especial resistencia de las sociedades menos jerarquizadas, encontramos un nuevo ejemplo en el Alto Volta (actual Burkina Faso):

En Alto Volta, como con frecuencia en otros lugares, fueron las etnias tradicionalmente organizadas según modelos de menor complejidad en un plano político las que opusieron una resistencia mayor a la conquista extranjera, pues el patriotismo se hallaba en cada aldea, lo que multiplicaba la resistencia. Los samo, por ejemplo, en

⁵¹ VAA. (2009): *Días rebeldes. Crónicas de insumisión*, pp. 105-107.

⁵² JOSEPH KI-ZERBO: *op. cit.*, p. 622.

⁵³ *Ibid.*, p. 625.

sus pobladas ciudades, «que sus salvajes habitantes defienden con rara tenacidad», atacarán sin cesar a la columna Voulet; muchos de ellos serán ahumados en grutas. Los bobo y los lobi no podrán ser reducidos hasta mucho tiempo después.⁵⁴

Los colonos blancos y las reservas negras: Kenia, Sudáfrica, Namibia

Hemos relatado en la primera parte de *Quién invade a quién* la política de asentamiento de colonos blancos llevada a cabo por los imperios europeos en diversos territorios del África Oriental y Meridional.⁵⁵ En Kenia, por ejemplo, los colonos británicos comenzaron a llegar a principios del siglo XX, tras la construcción del ferrocarril que, desde la costa, pasaba cerca de Nairobi y cruzaba el valle del Rift para alcanzar el lago Victoria.⁵⁶ La riqueza de las tierras altas atrae a miles de granjeros que acaparan propiedades mediante el expolio de las poblaciones autóctonas, fundamentalmente desplazando a los pueblos *kikuyu* y *masai*. Estos, que acaban siendo confinados en reservas, se ven forzados a trabajar como braceros en las granjas de los europeos o a emigrar hacia Nairobi para convertirse en un proletariado urbano con altísimas tasas de desempleo.

El hombre blanco llegó a este país sosteniendo la Biblia en la mano izquierda y una pistola en la derecha. Robó las tierras fértiles del pueblo. Robó las vacas y las cabras del pueblo, amparándose en multas e impuestos. Robó al pueblo el trabajo de sus propias manos.⁵⁷

⁵⁴ *Ibid.*, p. 627.

⁵⁵ EDUARDO ROMERO (2006): *op. cit.*, p. 17.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 664.

⁵⁷ NGUGI WA THIONG'O (1982): *El diablo en la cruz*, p. 128.

Desde principios de la década de 1920 comenzarán a organizarse diversas asociaciones políticas para protestar contra el acaparamiento de tierras, el trabajo forzado y las restricciones a la movilidad de la población autóctona. En 1920 se había hecho obligatorio para la población masculina portar colgado del cuello un documento de identidad, el *kipande*, en el que figuraba su historia laboral además de otras informaciones personales; se trataba de un sistema de disciplinamiento y control de la movilidad de la población. Por otra parte, muchas mujeres y niñas eran arrancadas de sus familias para forzarlas a trabajar tanto en obras públicas como en las granjas privadas. Harry Thuku, que trabajaba de administrativo para el gobierno colonial, funda en 1921 la Young Kikuyu Association y, al año siguiente, la primera asociación multiétnica, la East African Association, a la que se suman muchas mujeres que compartían sus reclamaciones contra el trabajo forzado. En marzo de 1922 Thuku fue detenido. Al día siguiente se produjo una primera protesta pacífica contra su encarcelamiento. A la mañana siguiente, miles de personas se concentraron frente a la comisaría de policía de Nairobi para exigir su liberación. Las fuerzas coloniales abrieron fuego, al que se sumaron los colonos blancos, y mataron al menos a veinticinco personas, algunas de ellas baleadas por la espalda mientras huían. Thuku sufrió destierro hasta 1931 en un remoto distrito de la Frontera Norte.

A lo largo del siglo XIX, el hambre de tierras y de trabajo forzado a su servicio de los *bóers*⁵⁸ y el descubrimiento de abundantes yacimientos de diamantes codiciados por los británicos colocarán definitivamente a los pueblos sudafricanos bajo dominio colonial. En las primeras décadas del siglo XX la transformación económi-

⁵⁸La comunidad *afrikáner* o *bóer*, fundamentalmente de origen holandés, amplía sus asentamientos a partir de la colonia de El Cabo, a la que llegan a mediados del siglo XVII.

ca del territorio será rapidísima, pasando de una economía fundamentalmente agrícola a una economía industrial.⁵⁹ La derrota de los *bóers* en la guerra contra los británicos tendrá como consecuencia, paradójicamente, la concesión de una amplia autonomía a los colonos de origen holandés en los territorios de Transvaal y el Estado Libre de Orange. La unión de los diversos territorios, que se produciría en 1910, requería una síntesis de los diversos modos en que se establecía la relación con la población colonizada: la tradición *liberal* de El Cabo, que concedía el derecho de voto a una pequeña porción de africanos instruidos y propietarios; la *segregación protectora* aplicada por los británicos en partes de Natal y el Cabo, así como en los protectorados, que confinaba a los africanos en reservas; y la dominación blanca pura y dura, el *baaskap*, llevado a cabo por los *bóers* en Transvaal y el Estado Libre de Orange, sistema en el que no se reservaban tierras para los africanos puesto que su destino era convertirse en fuerza de trabajo barata en la agricultura, la industria y las minas. La exclusión de la población africana de los derechos fundamentales mediante la creación de la Unión Sudafricana provocó la fundación del African National Congress (ANC) en 1912. Una de sus primeras protestas se produjo en respuesta a la aprobación de la Ley de Tierras Nativas (1913), por la que se prohibía la adquisición de tierras por parte de los africanos fuera de sus áreas de asentamiento.⁶⁰ La capacidad de movilización y de resistencia contra las políticas racistas será débil en el período de entreguerras; el propio ANC tendrá todavía, a la altura de 1938, menos de cuatro mil miembros. Otras organizaciones más numerosas, como la Industrial and Commercial Union (1919), tampoco serán capaces de frenar la intensa explotación de la fuerza de trabajo autóctona en las minas sudafr-

⁵⁹ROLAND OLIVER y ANTHONY ATMORE (1967): *África desde 1800*, p. 243.

⁶⁰*Ibid.*, p. 248.

canas.⁶¹ Esto no quiere decir que no hubiera conflictos laborales muy intensos: en la primera década de existencia de la Unión Sudafricana, se produjeron durísimas batallas lideradas por el proletariado blanco contra la explotación en la industria y en las minas de carbón, incluso con llamamientos a la creación de una República de los Trabajadores Roja o Sindicalista. El proletariado negro también llevó a cabo huelgas, como en Port Elizabeth en 1920, en las que acababa siendo tiroteado y asesinado por la policía.⁶² En esta misma época, concretamente en 1921, se funda el Partido Comunista de Sudáfrica, con fuertes influencias del sindicalismo revolucionario de la Industrial Workers of the World (IWW).

La violencia colonial alemana alcanzó su máxima expresión en el territorio de la actual Namibia. Entre 1904 y 1908, tras la insurrección provocada por la creciente presión de los colonos sobre las tierras del África del suroeste alemana, el ejército dirigido por el comandante Lothar von Trotha cometió un genocidio programado sobre el pueblo *herero* —el ochenta por ciento fue asesinado— y el pueblo *nama* —asesinaron al menos al cincuenta por ciento—.⁶³ Cuando el Parlamento alemán anuló la orden del genocidio, la población fue confinada en campos de concentración y sometida a trabajos forzados. Después de 1908, el pueblo *herero* perdió el derecho a la propiedad de la tierra y el ganado. Se instauró un régimen de control de los movimientos de la población mediante pases metálicos, obligatorios para todos los africanos mayores de

⁶¹Ibid., p. 257.

⁶²SAM MBAH e I.E. IGARIWEY (2000): *África rebelde. Comunalismo y anarquismo en Nigeria*, pp. 82-84.

⁶³Ver JAN-BART GEWALD (2003): «El genocidio herero en el siglo XX: política y memoria» en JON ABBINK, MIRJAM DE BRUIJN y KLASS VAN WALRAVEN (eds.) (2003): *A propósito de resistir. Repensar la insurgencia en África*, pp. 391-423.

ocho años.⁶⁴ Posteriormente, los *herero* verán como la mayor parte de las tierras, a pesar de la derrota de Alemania en la Primera Guerra Mundial y su consiguiente pérdida del poder colonial, seguirán quedándose en manos de los colonos germanos o en las de los *afrikáners*,⁶⁵ pues será Sudáfrica quien asuma el control del territorio. La población autóctona se verá confinada en reservas para nativos. Tras la Segunda Guerra Mundial, comenzará una lucha protagonizada por la South West African National Union (SWANU) y la South West African People's Organization (SWAPO) por la independencia de Namibia, con graves episodios de represión sudafricana, como los fusilamientos e ilegalizaciones de las organizaciones nacionalistas en 1959.⁶⁶

*La colonización española de Guinea Ecuatorial*⁶⁷

El Tratado de París (1900), firmado con Francia, supone una reducción drástica del territorio que el Estado español consideraba suyo en el golfo de Guinea. Los Territorios Españoles del Golfo de Guinea serán las islas de Fernando Poo, Corisco y Annobón, junto a algunos islotes; y el territorio continental de Río Muni. A lo largo del primer tercio del siglo XX se sucederán diversas expediciones de conquista de la zona continental, dando por finalizada dicha conquista en 1935. La guerra se realizará con tropas nativas dirigidas por oficiales españoles, y para ello el colonialismo instrumentalizará las luchas internas entre los pueblos africanos, por ejemplo reclutando soldados de pueblos que estaban sufriendo

⁶⁴Ibid., p. 397.

⁶⁵Ver nota 58.

⁶⁶Ibid., p. 405.

⁶⁷Este epígrafe consiste en unas notas tomadas de DONATO NDONGO (1998): «Guineanos y españoles en la interacción colonial (1900-1968).» en MARIANO DE CASTRO Y DONATO NDONGO: *España en Guinea. Construcción del desencuentro: 1778-1968*.

el expansionismo *fang*⁶⁸ en la zona. El territorio ocupado limitará con el Camerún alemán y el África Ecuatorial Francesa, y las divisiones separarán a tribus e incluso a familias autóctonas.

La represión de las diversas revueltas que la población protagoniza correrá en paralelo a las medidas destinadas a la expropiación de tierras de las comunidades –hasta limitar sus recursos a la mera supervivencia–, las concesiones gratuitas a las misiones católicas oficiales y el fin de la propiedad colectiva e intercomunitaria de los bosques. Asimismo, se pondrá en marcha un Reglamento de Trabajo Indígena (1906) destinado a promover la laboriosidad de la población autóctona y, sobre todo, a proveer a la economía colonial de suficiente fuerza de trabajo, obsesión durante décadas de una administración española que acusaba la falta de brazos para las plantaciones de los colonos. Ello provocó verdaderas cacerías de negros en el continente para alimentar las necesidades de Fernando Poo, tanto de contratistas privados como mediante incursiones de los propios gobernadores. Si ya en 1868 se había puesto en marcha una prestación personal para la construcción de obras públicas, a principios del siglo XX dicho trabajo se convirtió en obligatorio para todo aquel que no tuviera al menos una hectárea de cultivos o un trabajo remunerado. La prestación se extenderá no solo a la construcción de infraestructuras sino también a la labor en las fincas de los colonos. Este sistema se monta, además, pasando por encima de las escasas disposiciones legales que obligaban a los patronos, que incumplían flagrantemente su deber de asistencia sanitaria a los trabajadores. En 1910, ante el endurecimiento del trabajo forzado, los *bubis*⁶⁹ se rebelarán en Bachalá y serán duramente reprimidos.

⁶⁸ Pueblo asentado en la zona continental de Guinea a la llegada de los españoles. Actualmente la mayoría de la población guineana es *fang*.

⁶⁹ El pueblo *bubi* era el que poblaba la isla de Fernando Poo (actual Bioko) a la llegada de la colonización europea.

Las miserables condiciones de vida en las que se tenía a la población se manifiestan en que el gobierno tendrá que regular al alza, en varias ocasiones, las raciones mínimas de alimento para los braceros: lo hará en 1913, 1928 y 1942. Por el mismo motivo, se tendrá que ampliar, en 1920 y 1932, el cupo de tierra concedido a la población indígena. A partir de 1928 una minoría de indígenas podrá acceder a la *emancipación*, lo que implicaba, entre otras cosas, derechos de propiedad plenos y tenencia lícita de armas. La emancipación será una gracia concedida, nunca un derecho, y no evitará que siga existiendo una estricta separación entre europeos y autóctonos en determinados lugares públicos.

Si en 1923 había 787 colonos blancos (mayoritariamente españoles instalados en la isla de Fernando Poo), en 1936 la población española se habrá incrementado hasta las dos mil personas, respecto a una población autóctona de más de ciento cincuenta mil. La Guerra Civil y la Segunda Guerra Mundial supusieron una coyuntura favorable para el crecimiento económico de la colonia, por lo que entre 1936 y 1942 los colonos españoles se multiplicaron por dos.

La llegada de trabajadores continentales a partir de 1929 supondrá el inicio del fin del trabajo forzado de los *bubis*, del que se verán completamente liberados a partir de 1943, año en el que España llega a un acuerdo con el Reino Unido –renovado en el período 1960-1973 por el gobierno de la Nigeria independiente– para el reclutamiento de trabajadores *igbos* y *calabares*.⁷⁰ El volumen de braceros nigerianos irá aumentando hasta llegar a los sesenta mil en los años setenta.

⁷⁰ *Calabares* e *igbos* proceden del sudeste de Nigeria.

Panafricanismo, nacionalismo, negritud

El fin de la Primera Guerra Mundial abre un primer período de debilitamiento del imperialismo. Las colonias alemanas se distribuyen entre los países vencedores bajo la forma de potencias mandatarias de la Sociedad de Naciones, supuestamente bajo un *sacro deber de civilización* que debía conducir finalmente a estos territorios a su independencia. La revolución soviética, la desaparición de los imperios turco y alemán y las dificultades durante la guerra en los territorios dependientes son factores que contribuyen a extender la idea de que «los imperios extranjeros no eran inmortales».⁷¹ En los años veinte, como ya vimos en el caso de Kenia, surgen diversas asociaciones políticas, sobre todo en la costa de África Occidental. Algunas de ellas comienzan a sentir la influencia de los pensadores afroamericanos de la diáspora. El jamaicano Marcus Garvey o el estadounidense W.E.B. Du Bois, entre otros, defienden el fin del colonialismo y la unificación del continente africano bajo un solo gobierno. Garvey había fundado en 1914 la Universal Negro Improvement Association (UNIA) y, dos años después, en Estados Unidos, el periódico *Negro World*. Du Bois, que había participado en la I Conferencia Panafricana (Londres, 1900), convocará el I Congreso Panafricano en París en 1919. Organizaciones como la West African Students' Union (WASU), creada en 1925 en Londres, surgen de estas influencias.

En todo caso, la crisis económica mundial que comienza al final de la década de los años veinte será fundamental para el surgimiento de los movimientos nacionalistas de masas. Las economías coloniales, al arrinconar la producción de autosubsistencia y fomentar los monocultivos para la exportación, no solamente habían puesto en crisis la soberanía alimentaria de la mayoritaria población rural del continente africano, sino que la habían colocado en una situación de dependencia respecto a los precios del

⁷¹ ERIC HOBSBAWN (1994): *op.cit.*, p. 213.

mercado mundial. Además, la crisis sirvió de excusa a las administraciones coloniales para impulsar nuevos impuestos y acentuar la explotación laboral. En 1929, en el este de Nigeria, tuvo lugar el levantamiento de Aba, protagonizado por miles de mujeres que protestaban contra los nuevos impuestos, la caída de los precios de los productos locales, la subida de los precios de los productos importados y la administración británica.⁷²

Eric Hobsbawn explica las importantes transformaciones que tienen lugar en la década de 1930 en el marco de la crisis capitalista mundial:

Todo ello fue trastocado por la Gran Depresión, durante la cual chocaron por primera vez de manera patente los intereses de la economía de la metrópoli y los de las economías dependientes, sobre todo porque los precios de los productos primarios, de los que dependía el tercer mundo, se hundieron mucho más que los de los productos manufacturados que se compraban a Occidente. Por primera vez, el colonialismo y la dependencia comenzaron a ser rechazados como inaceptables incluso por quienes hasta entonces se habían beneficiado de ellos. «Los estudiantes se alborotaban en El Cairo, Rangún y Yakarta (Batavia), no porque creyeran que se aproximaba un gran cambio político, sino porque la Depresión había liquidado las ventajas que habían hecho que el colonialismo resultara tan aceptable para la generación de sus padres» (Holland, 1985 p. 12). Lo que es más: por primera vez (salvo en las situaciones de guerra) la vida de la gente común se vio sacudida por unos movimientos sísmicos que no eran de origen natural y que movían más a la protesta que a la oración. Se formó así la base de masas para una movilización política, especialmente en zonas como la costa occidental de África y el sureste asiático donde los campesinos depen-

⁷² SAM MBAH e I.E. IGARIWEY (2000): *África rebelde. Comunalismo y anarquismo en Nigeria*, pp. 74-75.

dían estrechamente de la evolución del mercado mundial de cultivos comerciales. Al mismo tiempo, la Depresión desestabilizó tanto la política nacional como la internacional del mundo dependiente.

La década de 1930 fue, pues, crucial para el tercer mundo, no tanto porque la Depresión desencadenara una radicalización política sino porque determinó que en los diferentes países entraran en contacto las minorías políticas y la población común.⁷³

Este contacto entre minorías políticas y gente común requería de nuevas formas de comunicación. En 1935, Nnamdi Azikiwe regresa de Estados Unidos, primero a Costa de Oro (futura Ghana) y luego a Nigeria, para fundar periódicos de carácter popular. Otros jóvenes africanos occidentalizados, entre ellos Kwame Nkrumah, volverán al continente africano en la década siguiente. También en 1935, la invasión italiana de Etiopía alimentará al movimiento nacionalista africano. De todos modos, la oleada de huelgas que se extiende por África entre 1935 y 1940, iniciada en las minas de cobre del África Central, no tenía aún una «dimensión política anticolonial».⁷⁴ Y es que el grupo de africanos formados en el exterior que liderará los procesos de independencia después de la Segunda Guerra Mundial es solamente una minoría, aunque acabará actuando como portavoz de movilizaciones masivas contra las administraciones coloniales:

Las exacciones tributarias, la soledad creciente de la mujer, el trabajo forzado, todo ello produjo crispación, desobediencia y frecuentes revueltas. Los aculturados u occidentalizados protestaban por su postergación en la sociedad colonial. La población en general recurría a las religiones africanas, al Islam o al sincretismo para forjar su propio

⁷³ ERIC HOBSBAWN (1994): *Historia del siglo XX. 1914-1991*, p. 217.

⁷⁴ *Ibid.*, p. 218.

pensamiento insurrecto. Expresando en términos y lenguas occidentales el malestar general, los aculturados se convirtieron conscientemente en los portavoces de la contestación social. (...)

Movimientos campesinos, religiosos, étnicos (por llamarlos de algún modo), proletarios, e incluso de los grupos mercantiles autóctonos, constituyeron la verdadera fronda anticolonial. Los occidentalizados, incluso en su sector moderado, fueron sólo la punta visible del iceberg, la parte inteligible en términos europeos de aquel vasto movimiento de rechazo.⁷⁵

En la década de 1930 surge, entre intelectuales de las colonias francesas que se conocieron como estudiantes en París, el movimiento de la *negritud*, a través de la revista *L'étudiant noir*, editada desde 1934. Algunos de sus integrantes asumen posturas anticolonialistas radicales, como el martiniqués Aime Césaire, que define la negritud como «una comunidad de opresión experimentada», como «una manera de vivir la historia dentro de la historia». Frente a una definición biológica del término, defiende la existencia de una «memoria colectiva» e incluso un «inconsciente colectivo».⁷⁶ Césaire, ante las críticas *universalistas* del concepto de negritud, señala que su idea de la identidad no es «carcelaria» y que lo universal se alcanza «como profundización» de la «propia singularidad».⁷⁷

Más adelante, Frantz Fanon, en 1952, se medirá con el concepto de negritud —«yo necesitaba perderme en la negritud absolutamente»—⁷⁸ para descartar finalmente la necesidad de «ha-

⁷⁵ FERRÁN INIESTA (1998): *op. cit.*, p. 196.

⁷⁶ AIMÉ CÉSAIRE (1987): «Discurso sobre la negritud. Negritud, etnicidad y culturas afroamericanas» en AIMÉ CÉSAIRE (2006): *Discurso sobre el colonialismo*, pp. 86-87.

⁷⁷ *Ibid.*, p. 91.

⁷⁸ FRANTZ FANON (1952): *Piel negra, máscaras blancas*, p. 127.

cer revivir una civilización *negra* injustamente olvidada». «El indochino no se ha rebelado porque haya descubierto una cultura propia», continúa Fanon. «Es porque “simplemente” le era imposible, en más de una acepción, respirar».⁷⁹

La negritud tendrá también representantes mucho más moderados, como Leopold Sédar Senghor, que se convertirá más tarde en el primer presidente de Senegal con el beneplácito de Francia. Frente a la fidelidad senghoriana a los antiguos colonizadores, Cheikh Anta Diop –autor de *Naciones negras y cultura* (1955)– representará en Senegal la postura independentista y panafricanista.

La violencia occidental en la época de la descolonización

Del mismo modo que los imperios coloniales enviaban tropas africanas para sofocar y reprimir las revueltas en el propio continente, muchos africanos fueron movilizados para luchar en diversos escenarios de la Segunda Guerra Mundial. A quienes no participaron directamente del conflicto bélico se les exigió un «esfuerzo de guerra» consistente fundamentalmente en la producción de materias primas estratégicas, como el uranio congoleño destinado a la bomba atómica que destruyó Hiroshima.⁸⁰ Los precios de los productos de exportación cayeron al forzar las administraciones coloniales al campesinado a vender a corporaciones comerciales estatales a precios más bajos que los del mercado mundial.

Pero la guerra mundial fue algo malo que también trajo algo bueno, como dice nuestra gente –intervino Okeoma–. El hermano de mi padre combatió en Birmania y regresó de allí con una pregunta

candente: ¿cómo era posible que nadie le hubiera dicho antes que los blancos no eran inmortales?⁸¹

El fin del imperio británico en la India (1947), la independencia de Indonesia respecto a Holanda (1949) o la derrota francesa en Indochina (1954) abren el camino de la descolonización africana, cuyos movimientos nacionalistas salen fortalecidos de la Conferencia de Bandung (1955). En África del Norte se produce la independencia de Marruecos (1956), la toma del poder en Egipto del panarabista y anticolonialista Nasser y la independencia de Túnez (1957), mientras que entre 1954 y 1962 el pueblo argelino se lanzará a la lucha armada contra el colonialismo francés, que no podrá impedir la victoria argelina a pesar de que responderá a la sublevación con métodos brutales.

En el África al sur del Sáhara, el proceso de descolonización se produjo de forma «profiláctica»⁸² en la mayoría de los casos, aunque la maquinaria represiva de los imperios europeos funcionó en casos como los de Kenia, Madagascar, Camerún, el Congo o en la tardía descolonización de los territorios bajo dominio portugués.

Como ya señalamos anteriormente, Kenia era una colonia de poblamiento en la que en 1950 había unos sesenta mil europeos que acaparaban decenas de miles de kilómetros cuadrados de las tierras más fértiles, mientras la población autóctona era hacinada en reservas u obligada a migrar hacia las ciudades. La administración británica pugnaba con los colonos de las Highlands, los más radicalizados, por el control del territorio. La constitución multirracial que otorgaba representación a la población keniana seguía garantizando, de todos modos, el poder a los colonos, que tenían asegurada la mayoría en el Consejo Legislativo. Mientras la Kenya

⁷⁹ *Ibid.*, p. 187.

⁸⁰ JOSEPH KI-ZERBO (1978): *op. cit.*, p. 707.

⁸¹ CHIMAMANDA NGOZIE ADICHIE (2006): *Medio sol amarillo*, p. 75.

⁸² ERIC HOBSBAWN (1994): *op. cit.*, p. 225.

African Union (KAU), liderada por uno de los líderes africanos formado en Europa, Jomo Kenyatta, exigía reformas moderadas —el incremento de la representación en los órganos de gobierno o las plenas libertades políticas—, parte del pueblo *kikuyu* se radicalizaba ante el agotamiento de sus tierras y el hambre al que se veían condenados por la presencia de las haciendas blancas. La insurgencia —demonizada en toda Europa y denominada *Mau Mau*— comenzó los sabotajes y el asesinato de colonos europeos y de africanos colaboracionistas con estos o con la administración colonial. Paralelamente, se inició un movimiento sindical que desembocó en una huelga general. La respuesta de la administración británica fue la detención de los líderes sindicales y, en 1952, la declaración del estado de emergencia y el arresto de Jomo Kenyatta junto a decenas de líderes del KAU. La represión contra los *kikuyu* no se hace esperar: decenas de miles fueron asesinados, mientras entre los blancos las bajas sumaron unas cuantas decenas de colonos. El campesinado *kikuyu* fue recluido en campos de concentración, en los que muchos fueron interrogados y torturados.

La independencia de Kenia será la última en el África Oriental. El fracaso en la búsqueda del «equilibrio racial» por parte de la administración colonial, en realidad una forma de contemporar y mantener el monopolio blanco, se acabará derrumbando. En 1959 hubo de reconocerse a toda la población el derecho de propiedad sobre las tierras altas.⁸³ Kenyatta pasará siete años en la cárcel, acusado de estar detrás de la revuelta *Mau Mau*. Saldrá de prisión para ponerse al frente de un nuevo partido político, la Kenya African National Union (KANU). Su reclamación principal era *Uhuru*, independencia. La promoción del regionalismo por la administración británica durante los años de la revuelta desembocará en la pugna entre la KANU, de carácter centralista, y la Kenya African Democratic Union (KADU), que defendía mayor

⁸³ JOSEPH KI-ZERBO (1978): *op. cit.*, p. 810.

poder para las regiones. En diciembre de 1963, Kenyatta liderará la definitiva independencia, tras haber dado muestras de moderación política y haber restablecido relaciones con los colonos blancos.

Madagascar es otro ejemplo de la brutalidad de los imperios en la última etapa del colonialismo, en este caso de la administración colonial francesa. La revuelta independentista malgache, en la que participaron más de un millón de habitantes,⁸⁴ fue ahogada a través de la proclamación del estado de sitio, el envío de miles de tropas senegalesas, argelinas y marroquíes y una represión feroz que causó cien mil muertos en sólo dos años.⁸⁵ El imperio francés engrasó también su maquinaria represiva en Camerún, donde la Union des Populations du Cameroun (UPC) se lanzó a la actividad guerrillera en 1955 después de sufrir la represión policial y la prohibición de su actividad política:

Con un programa anticolonial claro y unos dirigentes carismáticos, intelectuales y campesinos, la UPC fue declarada ilegal sin argumento alguno, para evitar su acceso al gobierno autónomo de Camerún. La decisión de París radicalizó el movimiento y éste desencadenó una popular guerra de guerrillas que no fue liquidada hasta los años sesenta, cuando se fusiló a Félix Moumié. Mucho antes había caído en combate el mítico Ruben Um Nyobe, un sindicalista autodidacta que aún hoy sigue considerado vivo por los pueblos del sur del país y que fue biografiado por el novelista Mongo Beti.

En todos los casos, el objetivo de la represión colonial fue anular las fuerzas más opuestas a las metrópolis y retardar el proceso descolonizador, favoreciendo a los grupos más moderados y dóciles. Así llegaron a la independencia Madagascar con Philibert Tsiranana-

⁸⁴ JOSEPH KI-ZERBO (1978): *op. cit.*, p. 881.

⁸⁵ FERRÁN INIESTA (1998): *op. cit.*, p. 205.

na y Camerún con Ahmadou Ahidjo. La excepción, relativa, fue Kenia, ya que Jomo Kenyatta era profundamente odiado por los colonizadores debido a su talla intelectual y a su negativa a denunciar al mau mau, pero al mismo tiempo era un dirigente moderado que mantuvo buenas relaciones con el Reino Unido.⁸⁶

En el Congo no existían las élites occidentalizadas de otras colonias, puesto que el poder belga se había encargado de impedirlo. Ya hemos señalado anteriormente que el traspaso de poder del rey Leopoldo al Estado belga no había terminado, ni mucho menos, con el trabajo forzado de los habitantes de la colonia ni con el expolio de sus numerosas riquezas. Si el caucho silvestre había sucedido al marfil como principal producto colonial en tiempos de Leopoldo, más adelante se descubrieron otras grandes riquezas: cobre, diamantes, metales estratégicos, algodón y aceite de palma. La victoria en las elecciones de 1960 del Movimiento Nacional Congoleño (MNC-L) de Patrice Lumumba y su discurso radical contra el paternalismo belga aceleraron los planes de los poderes occidentales de derribar su gobierno a través de la balcanización del país, colaborando con los secesionistas de las regiones más ricas, Katanga y sur-Kasai. La intervención de tropas belgas y europeas favoreció la declaración de secesión de Katanga en el mismo año 1960. La Confederación Nacional de los Katangueses, liderada por Moïse Tschombe y apoyada por colonos belgas de extrema derecha, se encargó de constituir un cuerpo de mercenarios que matara a quienes, desde la propia Katanga, se oponían a la secesión. La Unión Minera del Alto Katanga (UMHK) financió a los independentistas katangueses y presionó al gobierno belga para que los apoyase. Tanto éste como las Naciones Unidas, así como los Estados Unidos, participaron en la trama que supuso el asesinato de Lumumba como condición para garantizar los intereses

⁸⁶ *Ibid.*, p. 206.

neocolonialistas en uno de los territorios de África más codiciados a lo largo de toda la historia del capitalismo.

También Sudáfrica –que perpetúa el *apartheid* durante prácticamente todo el siglo XX– apoya los intereses mineros en el Congo, con la intención de extender la dominación blanca «desde El Cabo hasta el ecuador.»⁸⁷ En 1948 había ganado las elecciones el nuevo Partido Nacional *afrikáner*, lo que tuvo como consecuencia la profundización de la discriminación de la población negra, así como la ruptura definitiva con Gran Bretaña a través de la proclamación de la República de Sudáfrica en 1960. El crecimiento económico se sostenía en la masiva explotación laboral. Las matanzas policiales –la de Sharpeville en 1960 es una de las más cobardes y brutales– radicaliza la oposición al régimen y empuja hacia la lucha armada. El African National Congress la utiliza «como táctica liberal para forzar una democracia multirracial».⁸⁸ El gobierno responde ilegalizando partidos y encarcelando a sus líderes. En la década de 1970, se repiten las matanzas masivas – Soweto, 1976– y se descabeza al pujante movimiento estudiantil –asesinato de Steve Biko, 1977–.

La descolonización de la Guinea española⁸⁹ y la traición al pueblo saharauí

En la Guinea *española*, a partir de los años cuarenta y cincuenta, el sistema educativo comienza también a crear una clase social autóctona destinada a constituir el funcionariado guineano y a ejercer la intermediación entre la administración colonial y las masas. Sin embargo, a finales de la década de 1940 la población sufrirá

⁸⁷ MBUYI KABUNDA y NGOIE TSHIBAMBE (2010): «La secesión del Katanga revisitada o las incertidumbres de la creación del Estado-nación en el África poscolonial» en JORDI TOMÀS (ed.): *op. cit.*, p. 341.

⁸⁸ FERRÁN INIESTA (1998): *op. cit.*, p. 278.

⁸⁹ Ver DONATO NDONGO (1998): *op. cit.*

el recrudescimiento de las prestaciones personales y nuevas medidas destinadas a favorecer a las explotaciones forestales y fincas europeas mediante la expropiación de más tierras cultivables. La represión por parte del colonialismo hispano-francés de movimientos de reagrupación y renacimiento cultural *fang* será otro de los motivos del surgimiento del movimiento de liberación nacional guineano, que se expresará por vez primera en 1948 mediante un manifiesto que se entregará al almirante Luis Carrero Blanco, de visita oficial en Guinea, en el que se denunciaban los excesos del colonialismo y se pedía la mejora del trato a la población autóctona. La detención, maltrato y deportación de los responsables del manifiesto anuncia la respuesta virulenta del gobierno franquista ante el nacionalismo guineano: en los años cincuenta y sesenta, mientras España lograba el apoyo de Estados Unidos en la ONU para aparcar la cuestión guineana, se calcula que entre cinco y diez mil personas se tuvieron que exiliar. No será hasta 1968 que Guinea Ecuatorial proclame su independencia, con un gobierno liderado por Francisco Macías, que accede al poder bajo los auspicios de Francia. Previamente, España había jugado la carta de la balcanización del nacionalismo guineano, aprovechando las grandes diferencias socioeconómicas entre los territorios continentales y la isla de Fernando Poo para alimentar enfrentamientos étnicos y proyectos de independencia separada de cada territorio.

Francisco Macías Nguema impondrá rápidamente una implacable dictadura que arrasará con cualquier oposición, provocando un exilio masivo y extendiendo la represión y el trabajo forzado de quienes se quedaron en el país. Gran parte de los residentes europeos se marchan y repatrían sus capitales; los braceros nigerianos, imprescindibles en las plantaciones de cacao, también huyeron de la isla de Fernando Poo (actual Bioko). Macías fue depuesto y ejecutado en 1979 por su sobrino Teodoro Obiang, que ocupa la presidencia del gobierno guineano desde entonces. En

el capítulo cuarto retomaremos el hilo de la historia de Guinea Ecuatorial.

Más centrados en las regiones del continente africano analizadas en el Plan África, no hemos prestado atención a la colonización de otro territorio africano, el Sáhara Occidental, del que España obtiene *derechos* a finales del siglo XIX, decretándose la ocupación colonial.

Pero será precisamente en plena época de descolonización africana cuando la presencia española se hará más efectiva, ante el descubrimiento de fosfatos y el incremento de las prospecciones petrolíferas. La represión con que las autoridades franquistas responden a los deseos de autonomía *saharawi* serán el caldo de cultivo del nacimiento del Frente POLISARIO y de la lucha armada en 1973. España acabará abandonando al pueblo saharawi a manos de marroquíes y mauritanos:

(...) mientras las tropas españolas abandonaban El Aaiún, las marroquinas entraba por el otro lado de la ciudad. España no tan solo no cumplía las promesas hechas ante la ONU y los saharauis entregando el territorio a marroquíes y mauritanos sino que negó el derecho de asilo a los saharauis que habitaban en la península y los envió a El Aaiún (ahora ocupado por Marruecos), entregó los ficheros policiales a las tropas marroquíes y antes de salir de las ciudades colocó alambradas en los barrios más populosos para intentar evitar la huida de la población y dificultar los movimientos del Polisario.⁹⁰

⁹⁰ NEUS ALBERICH (2010): «Movimiento independentista saharawi, un proceso de descolonización no acabado» en JORDI TOMÀS (ed.): *op. cit.*, p. 61.

El modelo de descolonización profiláctico

Si en la primera parte de *Quién invade a quién* analizamos las estrategias de los países colonialistas para mantener el control económico y político sobre el territorio africano una vez llevada a cabo la descolonización –descabezando a los movimientos populares más radicales, firmando acuerdos económicos que reproducían el modelo colonial, implantando políticas de ayuda al desarrollo desde los años cuarenta y cincuenta, etc.– nos centraremos en esta ocasión en el análisis de la práctica y el discurso de las propias élites africanas que lideraron la independencia, frecuentemente fascinadas por el desarrollismo y la centralización estatal.

Que la mayoría de los procesos independentistas se resolvieran de forma *profiláctica* no respondió a ninguna buena voluntad de los imperios coloniales ni a un convencimiento sobrevenido respecto al derecho de autodeterminación de los pueblos. Antes bien, el contexto político y económico empujó a las administraciones coloniales a una salida pactada mediante la que pudieran mantener diferentes instrumentos de subordinación que reprodujeran la relación económica y social entre las principales potencias capitalistas y los nuevos países nacidos del proceso de descolonización.

Por eso un verdadero pánico ordenado va a apoderarse de los gobiernos colonialistas. Su propósito es tomar la delantera, inclinar hacia la derecha los movimientos de liberación, desarmar al pueblo: descolonicemos rápidamente. Descolonicemos el Congo antes de que se transforme en Argelia. Votemos la ley fundamental para África, formemos la Comunidad, renovemos esta Comunidad, pero, os juro, descolonicemos, descolonicemos... Se descoloniza a tal ritmo que se impone la independencia a Houphouët-Boigny. A la estrategia de Dien-Bien-Phu, definida por el colonizado, el colonia-

lista responde con la estrategia del encuadramiento... respetando la soberanía de los estados.⁹¹

Los interlocutores de los imperios coloniales en la lucha por la independencia son la élite africana formada en los países occidentales, una élite que jugará el papel de portavoz de millones de personas que se movilizan de múltiples formas contra los colonizadores. Durante la lucha por la independencia estos nuevos políticos podrán sufrir la violencia de los imperios en descomposición, y muchos pasarán años encerrados en cárceles de los colonizadores. Pero la mayoría serán liberados a tiempo para «restablecer la calma»⁹² y liderar las independencias definitivas de los nuevos países africanos. En el momento en que estas élites acceden al poder, se revelará su naturaleza de clase.⁹³ Esta naturaleza de los nuevos poderes será compatible con una fuerte retórica antiimperialista y revolucionaria. Sin embargo, la estructura económica y social será, en la mayoría de los casos, continuista con el modelo colonial.⁹⁴ La independencia «fue un momento de producción de grandes desigualdades».⁹⁵

Las élites autóctonas accederán en este período a diversas fuentes de enriquecimiento personal: su control directo de los recursos del Estado les permitirá obtener fácilmente créditos particulares; la gestión de la justicia, de la administración estatal o de la recaudación de impuestos permitirá la obtención de ingresos suplementarios al salario, generalmente muy austero, a costa de la

⁹¹FRANTZ FANON (1961): *Los condenados de la tierra*, p. 63.

⁹²*Ibid.*, p. 65.

⁹³Ver FERRÁN INIESTA (1998): *op. cit.*, pp. 197 y 256 y FRANTZ FANON (1961): *Los condenados de la tierra*, p. 59.

⁹⁴Ver FERRÁN INIESTA (1998): *op. cit.*, p. 221 y SAM MBAH e I.E. IGARIWEY (2000): *op. cit.*, p. 56.

⁹⁵JEAN FRANÇOIS BAYART (1989): *op. cit.*, p. 139.

población; la fiscalidad del comercio internacional y las exenciones a los derechos aduaneros a cambio de suculentas comisiones convertirán a algunos países en verdaderas «contratocracias». ⁹⁶ Este nuevo escenario es reflejado y criticado en la literatura africana más comprometida: Chinua Achebe dedica a esta cuestión su novela *Me alegraría de otra muerte*, ⁹⁷ escrita en pleno período de las independencias. En Kenia, Ngugi wa Thiongo, crítico con el gobierno de Kenyatta y encarcelado por el dictador Arap Moi, relata en su novela *El diablo en la cruz* el obscuro enriquecimiento de los mismos que reprimieron a la población durante la revuelta *Mau-Mau*:

Recibió el nombre de Kimeendeeri durante el período de Emergencia por cómo machacaba a los obreros y a los campesinos. Kimeendeeri era entonces oficial del Distrito. Solía hacer que los hombres y mujeres se tumbaran en fila en el suelo y luego pasaba su Land Rover por encima de sus cuerpos. Cuando llegó la independencia, Kimeendeeri ascendió rápidamente en la escala administrativa hasta llegar a ser secretario permanente. Entonces trabajaba con compañías extranjeras, especialmente aquéllas conectadas con las finanzas. Ahora tiene incontables granjas. Sus negocios de exportación e importación son igualmente numerosos. Tiene docenas de ases en la manga. Su habilidad en robar se puede percibir desde lejos. ⁹⁸

Si volvemos al ejemplo nigeriano –que obtiene la independencia en 1960 bajo la presidencia de Azikiwe, al que hemos nombrado anteriormente como panafricanista e introductor de la prensa popular en los años treinta–, la estructura económica del país

⁹⁶ *Ibid.*, p. 132. Ver en esta misma obra las pp. 123-139 para analizar las diversas vías de enriquecimiento de las élites autótonas.

⁹⁷ CHINUA ACHEBE (1960): *Me alegraría de otra muerte*.

⁹⁸ NGUGI WA THIONG'O (1982): *El diablo en la cruz*, p. 237.

se trastoca radicalmente a partir de mediados de los años sesenta: la caída de los precios de las materias primas agrícolas (que nunca debemos cansarnos de insistir que no es un hecho *natural* o de carácter divino, sino una consecuencia de la estrategia de las principales potencias capitalistas para abaratarlas) coincide con el incremento exponencial de las exportaciones petrolíferas, localizadas casi exclusivamente en el Delta del Níger. La súbita aparición de los intereses petrolíferos coincide con la explosión de conflictos *étnicos* heredados del modelo colonial británico: en 1966 la minoría *ijaw*, temerosa de su posible sometimiento por los *igbo*, reacciona al golpe militar del general Ayonsi contra el gobierno de Nigeria –controlado por políticos del norte– declarando la República de los Pueblos del Delta del Níger y anulando simbólicamente todos los contratos petroleros. Los rebeldes *ijaw*, detenidos y condenados a muerte, sobrevivirán gracias a que el norte *hausa* reacciona contra los *igbo* mediante otro golpe de Estado que pone al frente del país al militar Yabuku Gowon, que presidirá Nigeria entre 1966 y 1975. Gowon crea dos nuevos estados, Rivers y Southeastern, bajo control de diversas minorías étnicas del sur. De este modo los *igbo* «se quedaban no sólo sin el codiciado petróleo sino que además quedaban mal comunicados geográficamente, sin acceso al mar». ⁹⁹ El pogromo que sufren en las regiones del norte, que se lleva por delante a decenas de miles de personas, desencadena la secesión *igbo* mediante la declaración de la República de Biafra. Comienza la guerra civil. Entre 1967 y 1970 la confrontación bélica provoca entre uno y tres millones de muertes y cinco millones de personas desplazadas. ¹⁰⁰ El Gobierno Federal gana la guerra ante una República de Biafra que sufre el aislamiento internacional, tanto en Europa como en la propia

⁹⁹ JOSÉ MARÍA ORTUÑO AIX (2010): *op. cit.*, p. 176.

¹⁰⁰ XAVIER MONTANYÁ (2011): *El oro negro de la muerte*, p. 31.

África. Chimamanda Ngozie Adichie relata con maestría este dramático período de la historia en su novela *Medio sol amarillo*.

En 1969 el Estado nigeriano se hace por decreto con la propiedad de todos los recursos petrolíferos; en 1978, un nuevo decreto, la Land Use Act, permite al Estado la expropiación de tierras, entre otros motivos para usos mineros y petrolíferos, lo que aboca a las comunidades campesinas a abandonar sus tierras por un módico precio impuesto por el gobierno; y en 1993 el Estado se convierte, también por decreto, en titular de la franja costera.¹⁰¹ Minorías pobladoras del Delta del Níger, que habían apoyado en la guerra al Gobierno Federal, comprobarán rápidamente que el Estado, lejos de garantizar el futuro de sus comunidades, pondrá en marcha la destrucción de los ecosistemas donde habitan y el expolio de sus recursos para ofrecérselos en bandeja a las multinacionales del petróleo. Los gobiernos militares y civiles que se han sucedido en los últimos cuarenta y cinco años han constituido un ejemplo acabado de «contratocracia» penetrada por los intereses de las principales potencias capitalistas: a mediados de los setenta los ingresos derivados del petróleo eran el 82 por ciento de todos los ingresos del Estado nigeriano.¹⁰² Sobre esta cuestión volveremos a tratar más adelante, en el cuarto capítulo.

Nyerere y Nkrumah: comunalismo y desarrollismo

Las sociedades africanas precoloniales, salvo alguna excepción importante, se caracterizaban por una centralización política limitada, así como por unas formas de apropiación de la tierra y un desarrollo tecnológico que reducían las desigualdades e impedían la producción de grandes excedentes. El Estado colonial extendió el trabajo forzado y el trabajo asalariado a pesar de la resis-

¹⁰¹ JOSÉ MARÍA ORTUÑO AIX (2010): *op. cit.*, pp. 176-177 y 190.

¹⁰² *Ibid.*, p. 189.

tencia de una población que no compartía el culto por el trabajo que pregonaban los colonizadores. Los nuevos Estados independientes, lejos de impugnar este proceso, tratan de profundizar la centralización estatal y el mito del trabajo redentor y del progreso único.¹⁰³ La ideología legitimadora del Estado poscolonial es la ideología del *desarrollo* –que se ajusta como un guante al discurso occidental que se propone *acompañar* los procesos independentistas con la eterna promesa de *ayudar a ese desarrollo*–.

En muchas ocasiones se impone una noción voluntarista de la modernización, puesta en práctica como la intensificación del trabajo de la población bajo control del Estado.¹⁰⁴ Una noción simplificada del significado del socialismo produce una sujeción al trabajo asalariado incluso más dura que en el momento colonial. El afán modernizador por la construcción de infraestructuras, por ejemplo, se encontraba con el rechazo de poblaciones para quienes estas obras siempre habían supuesto tremendos sacrificios, como pudimos constatar en los relatos sobre la forma en que se construyeron los ferrocarriles en época colonial:

(...) animadversión profunda de la población por la construcción de ferrocarriles, puertos o carreteras, tareas hechas en régimen forzado y todas ellas de penoso recuerdo. Desde este ángulo, la pasividad de los gobiernos independientes podría ser juzgada favorablemente, casi como un rasgo de su legitimidad frente a la eficiencia represiva de la colonización.¹⁰⁵

La mayor parte de los Estados independientes fueron continuistas con las relaciones sociales y económicas de la época colonial y casi todos accedieron –o se vieron obligados a hacerlo– a la

¹⁰³ FERRÁN INIESTA (1998): *op. cit.*, p. 293.

¹⁰⁴ JEAN FRANÇOIS BAYART (1989): *op. cit.*, pp. 110-111.

¹⁰⁵ FERRÁN INIESTA (1998): *op. cit.*, p. 220-221.

permanencia de los capitales extranjeros, así como al endeudamiento con las instituciones financieras internacionales, fundamentalmente el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM).¹⁰⁶

Otras rasgo muy común en los gobiernos poscoloniales fue la promoción del proceso de urbanización acelerada y la puesta en marcha de políticas que perjudicaban al campesinado. En países como Kenia, en los que se había producido una violenta lucha contra el régimen de colonos blancos latifundistas, la mayoría de la población asistirá con desaliento a la sucesión de los ricos hacendados británicos por los terratenientes keniatas. Casi el ochenta por ciento de las tierras quedaron fuera de la reforma agraria y el proceso de concentración de la propiedad ha continuado.¹⁰⁷

En otros casos, como el senegalés, el programa de Senghor en favor del cooperativismo agrario concluye, sin embargo, con el progresivo empobrecimiento de la población campesina. Ello tiene que ver con la supresión de los precios de apoyo franceses a las exportaciones, pero también con que el modelo senghoriano no corrige el modelo de monocultivo de exportación –el cacahuete, que además esquilma las tierras–, reduce el precio de compra del Estado al productor –para que aquel se quede con un mayor excedente– y favorece la disparidad entre la renta urbana y la rural.

Cuado el propagandista senghoriano hablaba de los sacrificios que exigía el progreso, el campesino le recordaba que había luchado contra la colonización precisamente para que esos sacrificios interminables desapareciesen, y por eso habían apoyado a poderes africanos, gobiernos propios, Estados distintos del colonial.¹⁰⁸

¹⁰⁶ *Ibid.*, p. 212.

¹⁰⁷ JEAN FRANÇOIS BAYART (1989): *op. cit.*, p. 116.

¹⁰⁸ FERRÁN INIESTA (1998): *op. cit.*, p. 290.

La presión sobre el campesinado para acaparar crecientemente el excedente agrario es una de las características comunes a la mayoría de los proyectos de desarrollo de los países independientes.¹⁰⁹ Con la implantación de los Planes de Ajuste Estructural impuestos por el FMI y el BM a partir de los años ochenta, la desigualdad entre la población urbana y rural se incrementará.¹¹⁰

Uno de los proyectos de socialismo africano más relevantes fue el llevado a cabo en Tanzania por el Tanganyika African National Union (TANU) de Julius Nyerere. Para algunos se trata del intento más creíble de implantación de un socialismo genuinamente africano, articulado con los referentes históricos de propiedad común de la tierra, de autogobierno y de comunitarismo.¹¹¹

Tanzania, que había sufrido sucesivamente el colonialismo alemán y británico, abrió el camino de las independencias en África Oriental. El partido de masas de Nyerere, el TANU, estaba muy bien organizado. Se opuso a las constituciones multirraciales –el reparto de la representación entre las diferentes «razas»– que los británicos imponían en todo el África Oriental, pero con un planteamiento moderado, de diálogo y acuerdo con los colonos europeos. En 1961 Tanganika alcanza la independencia. Tres años más tarde se fusiona con Zanzíbar para constituir Tanzania.

El término *swahili ujamaa* sirve a Nyerere para definir su proyecto de socialismo: se trata de la asamblea, la aldea, la comunidad. Así la define él mismo:

¹⁰⁹ JEAN FRANÇOIS BAYART (1989): *op. cit.*, pp. 112-115.

¹¹⁰ Últimamente, el colapso de las megaciudades miseria ha provocado dinámicas de solidaridad del campo hacia la ciudad en la lucha por la sub-subsistencia en medio de la miseria generalizada; también se está dando la «ruralización» de ciertas zonas urbanas para tratar de autoabastecerse de alimentos. Ver MIKE DAVIS (2006): *Planeta de ciudades miseria*.

¹¹¹ SAM MBAH e I.E. IGARIWEY (2000): *op. cit.*, p. 57.

Fui el primero en usar la palabra *ujamaa* para explicar el tipo de vida que queremos vivir en nuestro país. La palabra *ujamaa* denota el tipo de vida que viven un hombre y su familia –la madre, el padre, los hijos y sus parientes cercanos–. Nuestra África era un continente pobre antes de que los extranjeros la invadieran y la gobernaran. No había ricos en África. No había ninguna persona ni grupo de personas que pudiera reclamar la propiedad exclusiva de la tierra. La tierra era propiedad de todos, y quienes la usaban no lo hacían porque fuera de su propiedad. Lo hacían porque la necesitaban, y tenían la responsabilidad de hacerlo con cuidado y de entregarla en buenas condiciones para el uso de las generaciones futuras. La vida era simple. Era factible que un hombre viviera con su esposa, sus hijos, y otros parientes. La riqueza en su conjunto pertenecía a la familia, y cada miembro de ella tenía derecho a hacer uso de la propiedad familiar. Nadie usaba la riqueza para dominar a otros. Así es como queremos vivir como nación. Queremos que la nación entera viva como una familia.¹¹²

A pesar de estas radicales intenciones de construir una sociedad igualitaria y autogestionada, el modelo *ujamaa* acaba reproduciendo algunas de las características que hemos descrito en otros procesos de construcción de los Estados poscoloniales. Bajo la presión del Banco Mundial y de otros donantes de ayuda al desarrollo, se establecen objetivos productivos por región, aldea y tipo de cultivo. Muchos de ellos son además cultivos de exportación (algodón, anacardos, café, nueces, té, pita y tabaco), en vez de la garantía de la soberanía alimentaria del pueblo tanzano, ya que se requerían divisas para constituir un sistema sanitario y educativo. El Estado vuelve a acaparar el excedente campesino mediante la política de precios, mientras se impide el desarrollo

¹¹²JULIUS NYERERE (1966): «Los líderes no deben ser amos» en EMMANUEL CHUKWUDI EZE (1998) *Pensamiento africano. Ética y política*, p. 20.

de movimientos campesinos autónomos. A la depreciación mundial de las mercancías agrícolas, Nyerere responde con la imposición de la movilidad de la población, planificando por decreto el establecimiento de miles de núcleos *artificiales* junto a las vías de comunicación para facilitar el transporte de la producción, e incrementando la presión fiscal del Estado.

Entre los principales líderes políticos del África Occidental se encuentra Kwame Nkrumah. Ya hemos señalado anteriormente que es uno de los estudiantes que, tras su marcha a Estados Unidos en 1935 y su posterior estancia en Londres, volverá a Costa de Oro para ponerse al frente del proceso independentista. Nkrumah fundará un eficaz y organizado partido de masas, el Congreso del Partido del Pueblo (CPP), apostará por la desobediencia civil y será encarcelado por las autoridades británicas. Ante su aplastante victoria en las urnas, pronto será liberado, se convertirá en Primer Ministro en 1952 y cinco años después Ghana alcanzará la independencia.

Pronto se revelará la diversidad de intereses que constituyen el partido, muchos de ellos infiltrados por los del capital extranjero. La implicación de muchos líderes políticos en el saqueo y expropiación de la riqueza nacional obligará a Nkrumah a denunciar la corrupción a través de un programa radiofónico en 1961.¹¹³ El aumento de la oposición interna llevará al gobierno a limitar severamente las libertades sindicales y políticas, y en 1964 el CCP se convertirá en partido único. Un golpe de Estado con apoyo occidental –cuando Nkrumah se encontraba de viaje en China– derrocó al presidente, que se exilió a Guinea Conakry.

En 1963 Nkrumah publicó *África debe unirse*, un libro en el que desarrolla sus tesis panafricanistas y nacionalistas, así como el modelo socioeconómico que pretendía implantar en su país. En

¹¹³SAM MBAH e I.E. IGARIWEY (2000): *op. cit.*, pp. 119-120.

esta obra se denuncia la mentira de la misión civilizatoria de los colonizadores y la estructura económica creada por el imperialismo para acceder a bajo precio a las materias primas agrícolas y minerales africanas. Pero en el texto podemos rastrear también las concepciones industrialistas, productivistas y centralistas que alimentan las ansias de modernización de Ghana y otros muchos países independientes.

El horizonte que define Nkrumah es el de una revolución agrícola que permita convertir los cultivos en mercancías,¹¹⁴ el de la fascinación por una Revolución Verde que aportará grandes incrementos de las cosechas, el de la lucha por eliminar las trabas que la tradición pone al progreso. La confianza en recorrer rápidamente las etapas de la industrialización y la urbanización, para adelantar así el reloj del progreso, es clara y reiteradamente manifestada por el líder africano:

Aquí, en África, tenemos todo lo necesario para convertirnos en un continente poderoso, moderno e industrializado. Los investigadores de las Naciones Unidas han mostrado recientemente que es probable que África, lejos de poseer recursos insuficientes, esté mejor preparada para la industrialización que casi ninguna otra región del mundo. Las reservas potenciales de mineral de hierro, por ejemplo, durarían unos dos mil años. Se calculan unas reservas de carbón de 4.500 millones de toneladas. Se cree que las reservas petrolíferas del Sáhara son tan grandes como las de la Península Arábiga. El gas natural abunda en las entrañas del Sáhara. Se dice que Rhodesia del Norte posee los segundos yacimientos de vanadio más grandes del mundo. El potencial de la energía hidroeléctrica es casi ilimitado. En Ghana se calcula que tenemos unas reservas de bauxita de unos 200 millones de toneladas. He nombrado sólo algunos de nuestros recursos naturales, pero se podrían men-

¹¹⁴ KWAME NKUMAH (1963): *África debe unirse*, pp. 148 y 153.

cionar otras muchas cifras igual de impresionantes. Cuando se haya efectuado un sondeo geológico de todo el continente, sin duda se descubrirán inmensas riquezas nuevas.¹¹⁵

En su libro *West Africa*, F. J. Pedler admite que los gobiernos coloniales impidieron la creación de industrias pero daba la extraña razón de que: «han querido salvaguardar el sistema social de las tribus africanas frente a las influencias desintegradoras de las condiciones urbanas». Y sin embargo muchísimos historiadores consideran que la revolución industrial es una de las mejores cosas que le ha sucedido jamás a Gran Bretaña.

La idea de que hay que ahorrar a los africanos los peligros de la industrialización y la vida en las ciudades suele estar muy extendida. Muchos funcionarios municipales del régimen colonial creían sinceramente en ella y se habrían sentido realmente ofendidos de haberles sugerido que esta idea surgía de la íntima convicción de que los africanos eran un pueblo inferior que solo era capaz de vivir de forma primitiva en aldeas.¹¹⁶

El campesinado ghanés no se vio favorecido por el esfuerzo de modernización de la producción. Al contrario, la reproducción del modelo agroexportador de cacao redujo las rentas campesinas, tanto por el descenso de su precio inducido por las potencias capitalistas como por el incremento de la parte del excedente que quedaba en manos del Estado.

Para alimentar el proceso industrializador, Nkrumah celebra sus grandes proyectos de producción de energía hidroeléctrica. Al mismo tiempo que denuncia las pruebas nucleares de los franceses en territorio africano, apunta a las plantas de energía nuclear-eléctrica como una posibilidad cercana en el tiempo para

¹¹⁵ *Ibid.*, pp. 46-47.

¹¹⁶ *Ibid.*, p. 50.

África, dadas las grandes reservas de uranio que posee.¹¹⁷ Las descripciones que realiza del inicio del proyecto de represas en el río Volta y de la inauguración de la ciudad de Tema revelan con claridad lo arraigado del discurso más genuinamente desarrollista en el momento de las independencias africanas:

Tema es la primera ciudad planificada de Ghana. Ver su construcción, y recordar la tranquila ensenada rodeada de palmeras a la que sustituye, produce una sensación de creación y desarrollo. Y lo que es más importante, ver a nuestros hombres trabajando y recordar sus anhelos antes de la independencia bajo las palmeras renueva nuestra fe en nuestra capacidad para construir nuestro país.¹¹⁸

Unas dos semanas antes de que inaugurara el puerto de Tema, presenté oficialmente el plan del río Volta apretando un botón para dinamitar una parte de la ladera de Akosombo. Centenares de personas bailaron, vitorearon, cantaron y dispararon al aire mientras el jefe local vertía una libación y ofrecía una oveja como sacrificio. Se estaba haciendo realidad uno de mis mayores sueños. Dentro de pocos años habrá suficiente energía para cubrir las necesidades de nuestro desarrollo industrial durante mucho tiempo.¹¹⁹

El culto por el trabajo y la celebración por la traumática intervención sobre la naturaleza no eran valores compartidos por buena parte de la población. La caída relativamente rápida de Nkrumah tuvo que ver con las complicidades occidentales por quitárselo de en medio en el contexto de la Guerra Fría, pero esa operación fue más sencilla gracias a la oposición interna que se había ido

¹¹⁷ *Ibid.*, p. 176.

¹¹⁸ *Ibid.*, p. 142.

¹¹⁹ *Ibid.*, p. 143.

suscitando tras ver cómo los grandes horizontes colectivos imaginados en el momento de la independencia no se concretaban.¹²⁰

Enlazaremos estas últimas reflexiones sobre los problemas del *desarrollo* en el período poscolonial con el análisis contemporáneo –cincuenta años después– de la capacidad de las potencias capitalistas para reproducir el papel de los países africanos como proveedores de materias primas baratas, así como de eternizar la promesa de modernización e industrialización mediante la ayuda al desarrollo. Lo haremos, sobre todo, en el capítulo cuarto, en el que abordaremos el expolio energético de África y sus consecuencias, así como las ilimitadas necesidades de consumo de las sociedades *avanzadas*, dispuestas –como habían hecho a lo largo del largo período analizado en este texto– a defender a sangre y fuego sus intereses en el continente.

¹²⁰ FERRÁN INIESTA (1998): *op. cit.*, pp. 213 y 255-256.

